

¿DONDE ANDARAN LOS ART

YA estaré Madrid sin exposiciones. Y Barcelona. Y Bilbao. Y... ¿Pero cómo serán las grandes ciudades sin exposiciones? Uno está ya acostumbrado a ellas, tan acostumbrado que llegan a ser como el aire que se respira. Y no: la verdad es que se puede vivir en cualquier ciudad sin que haya exposiciones de arte. Es que uno estaba acostumbrado a salir siempre de casa con destino a uno de esos tugurios. ¡Madrid sin exposiciones! ¡Barcelona sin exposiciones! Uno cree que el centro del mundo es el centro de sus preocupaciones. Y no: la vida sigue, el sol sigue saliendo todos los días cuando las cosas no pasan como uno las espera.

¿En dónde andarán los amigos habituales de uno —los artistas— esa gente que uno se encuentra, por ejemplo, en las salas de exposiciones? ¿Dónde andará, por ejemplo, Eusebio Sempere? Ah, sí: me dijo cuando nos despedimos en Madrid, para eso de las vacaciones, que él se marchaba, para descansar trabajando —ése no sabe descansar más que trabajando— por allá, por tierras de Teruel, en un pueblo cercano a Mora de Rubielos o Rubielos de Mora —que eso nunca lo voy a aprender bien—. Poco antes de despedirse, como tenía que entregarme alguna foto de su obra, nos citó a cenar en el Casino de Madrid: "Oye: Tráete corbata, que yo también me la pondré, ahí

es necesario". Efectivamente: el Casino de Madrid es uno de esos sitios en donde exigen ir disfrazados de persona decente para que lo dejen a uno entrar. Y aunque sea una tontería, la verdad es que vale la pena pagar esa pequeña contribución porque lo dejen a uno cenar en la terraza alta del Casino. Sempere lo sabía y por eso me citó allí a pesar de la ridícula exigencia. Además, la cena —de un estilo bastante casero— estaba bien. Pero lo que estaba bien era cenar con Eusebio. ¡Qué tío! Con Eusebio contamos, la gente de nuestro mundo, en Madrid, como con algo entrañable y familiar de que no queremos, ni podemos, prescindir. ¡Qué tío! Si Sempere no existiera en la vida española, habría que inventarlo. Lo vemos poco —porque, desgraciadamente, ya todos nos vemos poco—, pero, es igual, está ahí, sabemos que está ahí: estamos tranquilos. Y además, está esa obra suya. Parece mentira. Cualquiera diría que se trata de una obra fría, medida, corregida siempre por la razón. Pero él podría decir como Juan Gris —otro geómetra vencido por sí mismo— que "ama la pasión que corrige a la norma" (frente a Braque, que amaba "la norma que corrige los apasionamientos").

A la obra de Sempere habría que entenderla, como a El Escorial, dentro de una normatividad apasionada. Así podríamos calibrar el uso del compás y la regla en ese

personaje que, cuando te saluda, aprieta tu mano con una exuberancia de cordialidad tal que tus dedos quedan apretujados...

Yo tendría que hablar ahora del artista y de su obra, pero estamos en el verano, en el tiempo de la "dolce vita" vacacional, y el artista estará ahora por las tierras de Rubielos. Además, estoy hablando de Sempere, un tipo en quien el arte que pasa por la inteligencia —y Sempere es altamente inteligente—, queda siempre vencido por el humor —y por el honor, y por el amor— que pasa por sus tripas. Hablo de Sempere, digo, y se me ocurre el mandato de mi maestro, mi

ber protagonizado, aquel mismo día, en la Universidad, un homenaje a Picasso, en su noventa aniversario.

Sempere, con otros muchos amigos, había acudido a "Zambra", porque el director de ese café-cantante, mucho más civilizado que los elementos oficiales de la época, había decidido hacerle él un homenaje a Picasso, que consistiría en una sesión —después del cierre del local— de buen cante jondo. Pero, allí estaban nuestros ángeles de la guarda: la Policía. De pronto, Sempere, como movido por un resorte, saltó sobre el escenario y dijo, más o menos: "¡Pero qué

José M.^a Moreno Galván

inolvidable maestro Juan de Mairena, cuando decía —poco más o menos, porque siempre lo cito de memoria—, cuando decía que "por muy alto que sea el valor de un hombre, nunca tendrá valor más alto que el de ser un hombre". Por muy alto que sea el valor del artista Sempere —que, sí, es muy alto— nunca tendrá valor más alto que el de ser Eusebio, tal cual lo conocemos... ¿Queréis que os cuente algo, por ejemplo? Supongo que ahora, ya, se podrá contar. Era el 25 de octubre de 1971. Yo estaba detenido en la Dirección General de Seguridad por el terrible delito de ha-

flamenco, ni qué niño muerto!" "Sabed, amigos, que nuestro compañero Moreno ha sido detenido esta tarde en la Universidad por incurrir en el mismo delito en que nosotros vamos a incurrir ahora: ¡por un homenaje a Picasso! Sabed que la policía entró a saco en la Universidad y etcétera, etcétera. Allí se acabó el homenaje de Zambra, como, aquella tarde en la Universidad, interrumpido "amablemente" por la policía. Y de allí salió Sempere detenido, como yo había salido aquella tarde de la Universidad.

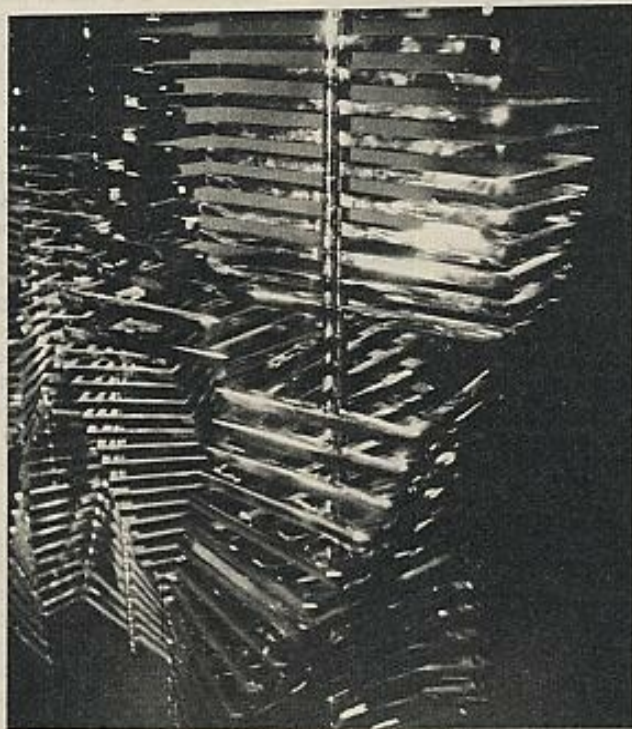
Ese es Sempere. Muy mesurado en su arte, muy racional, muy tranquilo... Pero cuando hay que jugársela, se la juega. Y yo sé muy bien que es uno de los más grandes artistas españoles. Pero qué le voy a hacer, yo prefiero siempre a ese amigo que camina al lado de uno y que se la juega por uno cuando hay que jugársela.

Arte... y cocina

Hizo bien Lucio en desprenderse de aquella espléndida casa que le construyó Fernando Higuera en Hoyo del Manzanares. Hizo bien, porque aquella era demasiado casa para los Lucio. ¿Demasiado casa? Bueno: Quiero decir que era de un lujo que no se correspondía para nada con el estilo personal de esa gente. Lucio era demasiado eso que su nombre indica. Y Amalia era, y es, y espero que continúe siéndolo, demasiado de Santa Cruz de la Zarza. Aquella casa... A nadie le amargan las comodidades ni los dulces, pero... Se entraba en ella y no se veía a los Lucio, sino a la casa. Hombre, y eso, no. Ahora, los Lucio viven en una casa mucho más próxima en todos los sentidos: más a la medida de la gente modesta que ellos son y quieren ser, y más en Madrid, pues está enclavada en el Parque del Conde de Orgaz —sitio, ciertamente, de lujo, pero ya es otra cosa: una casa a la



Eusebio Sempere.



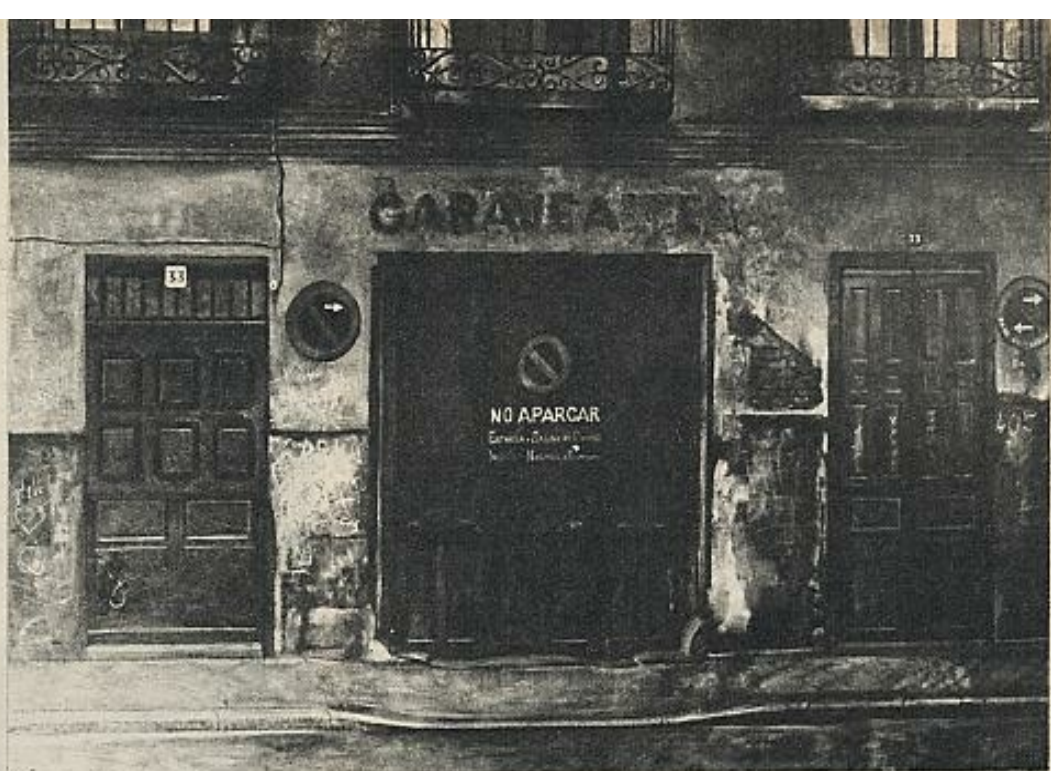
Escultura de Sempere (1975).

LISTAS?

medida de los Lucio y de Antonio Fernández Alba, su proyectista y constructor. Es que hay un lujo del que Lucio y los suyos no han querido ni sabido desprenderse: el de pisar tierra no asfaltada, con árboles y con algo más.

Hace unos días llamé a Lucio y le dije: Hazme el favor de prepararme una visita. Tengo que llenar el espacio que le dedico a las exposiciones con algo, con algún mini-reportaje, por ejemplo. "Pues mira —me dijo—, veniros tú y Carola a cenar a casa, tal día, y así hablamos de lo que sea". Y allá fuimos, y... La cena que comimos tenía un primer plato de pisto que recordaré siempre. Debo aclarar que Amalia es manchega y que los productos empleados en el pisto estaban cultivados allí mismo. "¿Ves? —me dice Amalia— Esos son rosales... Y aquí cultivamos los pimientos, y aquí los tomates, y aquí los calabacines...". ¡Qué bien! Esos jardines son los que a mí me gustan. Los que son un poco comestibles. No hay que exagerar tanto con las rosas, a menos que sepamos hacer pétalos reueltos con huevos...

Una vez —hará de eso un par de años— estuvimos, invitados por los Lucio, en el pueblo de Amalia, en Santa Cruz de la Zarza, de Toledo. La casa donde los Lucio nos alojaron era una casa labradora, llena de nobleza, con gente fuerte que entraba y salía y que hablaba de la cosecha... Ese tipo de casa y ese tipo de gente siempre tiene algo de familiar para todo el mundo... Re-



Pintura de Amalia Avia.

cuerdo que, por la mañana temprano, yo oía por la calle el paso de las yuntas que iban al trabajo. Igual que en mi niñez, en otro pueblo de más al Sur... La casa-Karma del clan de los Avia tenía yugos y aperos por algún rincón y tenía una especie de permanente olor a campo y esa especie de limpieza meridional de las casas con cal y con patio... Y digo que esas casas y esas gentes siempre tienen algo familiar para todos nosotros, porque todos nosotros debemos tener, gracias a Dios, algo de sangre labradora en nuestra genealogía, o en nuestra parentela.

La labradora Amalia, lo es, yo creo, por algo más que por su delicioso "pisto" y por el injerto huertano de su jardín. Lo es por su sentimiento real de la pintura: por su realismo. ¿Realismo? No quiero decir que ella esté atenta, somos tantos otros realistas, a la crónica más o menos fiel de las situaciones dramáticas, al realismo a veces sangrante y, casi siempre, brutal, de la vida tal cual es, sino al realismo de la cotidianidad, del discurrir plácido y casi siempre monótono de la vida. Su realismo campesino no la lleva a documentar situaciones campesinas, que sin duda ella

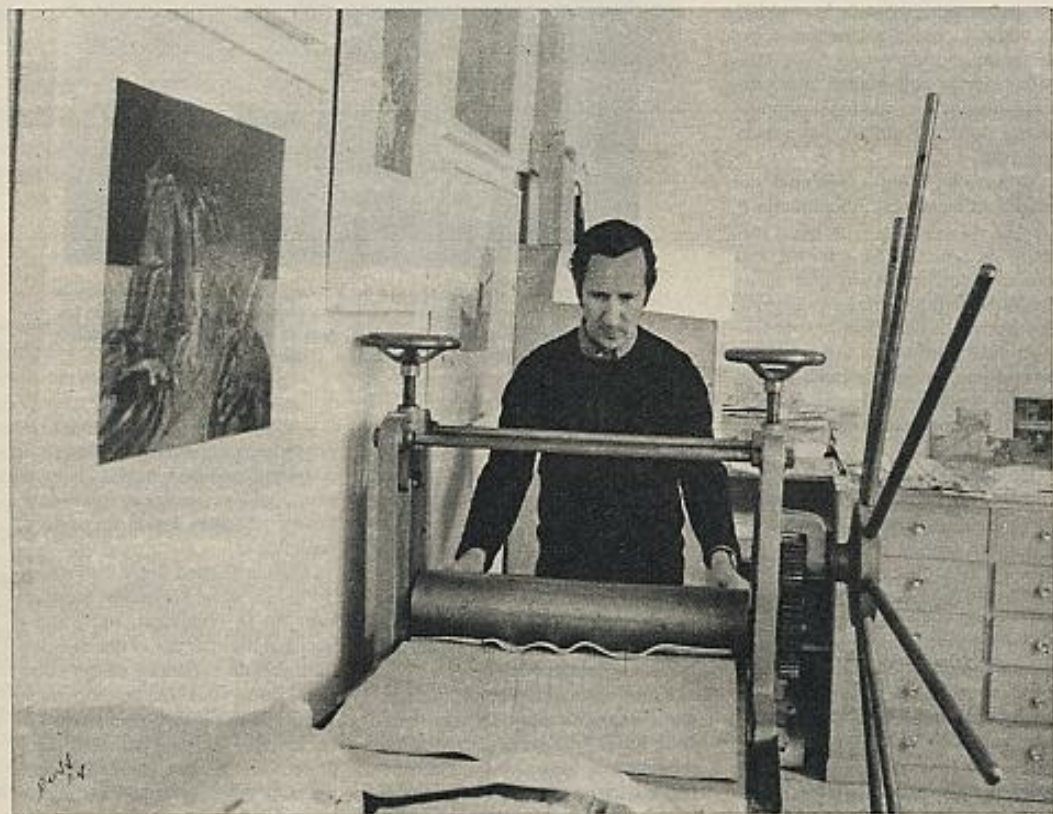
conocerá muy bien, pero que no tiene más que en el recuerdo. Su campesinismo de origen no la lleva a revivir el pasado, sino a vivir muy intensamente el presente del que ella es testigo ahora. Amalia es, en pintura, como un Galdós de la segunda mitad del siglo XX. Como un Galdós con ciertos ribetes proustianos... Y la verdad es que es muy original la actitud y el estilo pictórico de Amalia Avia, hoy, en nuestra pintura. Es original, no por su estilo, no por el fermento campesino, no porque haga un realismo descuidado por otros...

Es original porque lo que ella realiza en pintura nada tiene que ver con lo que están haciendo hoy la gente de su mundo, los que están más cerca de ella. Lucio, su marido, puede pintar de una manera, y ella lo entiende muy bien, pero eso es otra cosa. Ella, a lo suyo; ella está en otra cosa.

Pero Lucio Muñoz... Rectifico, Lucio a secas: Lucio para los amigos, para ustedes y para mí... Pero Lucio, sí, también está en otra cosa. Lucio entiende muy bien a su mujer, pero él está en el descubrimiento y en la exaltación geológica de la pintura. ¿He dicho "geológica"? Bueno: quiero referirme a esa opción gustativa de las materias, a lo que las materias tienen de palpables. Se diría que Lucio, con su pintura, hubiese querido ampliar la conocida fórmula de Alain, válida sólo para la escultura. Decía Alain: "Palpar ya es esculpir". Lucio parecería querer decir: "Palpar también es pintar".

Palpar... esculpir... pintar... ¡en fin, hacer arte! Lo que pasa es que el arte también se puede hacer de otra manera. Por ejemplo, transformando, como lo hace Amalia, unos pimientos, unos tomates, unos calabacines... lo que sea, en un delicioso pisto manchego.

Los chicos de Lucio y Amalia también andaban por allí aquella noche... ¡Lucio! ¡Gonzalo!... ¡Traedle a José María un vaso de agua! ■



Lucio Muñoz, en el tórculo de grabado.